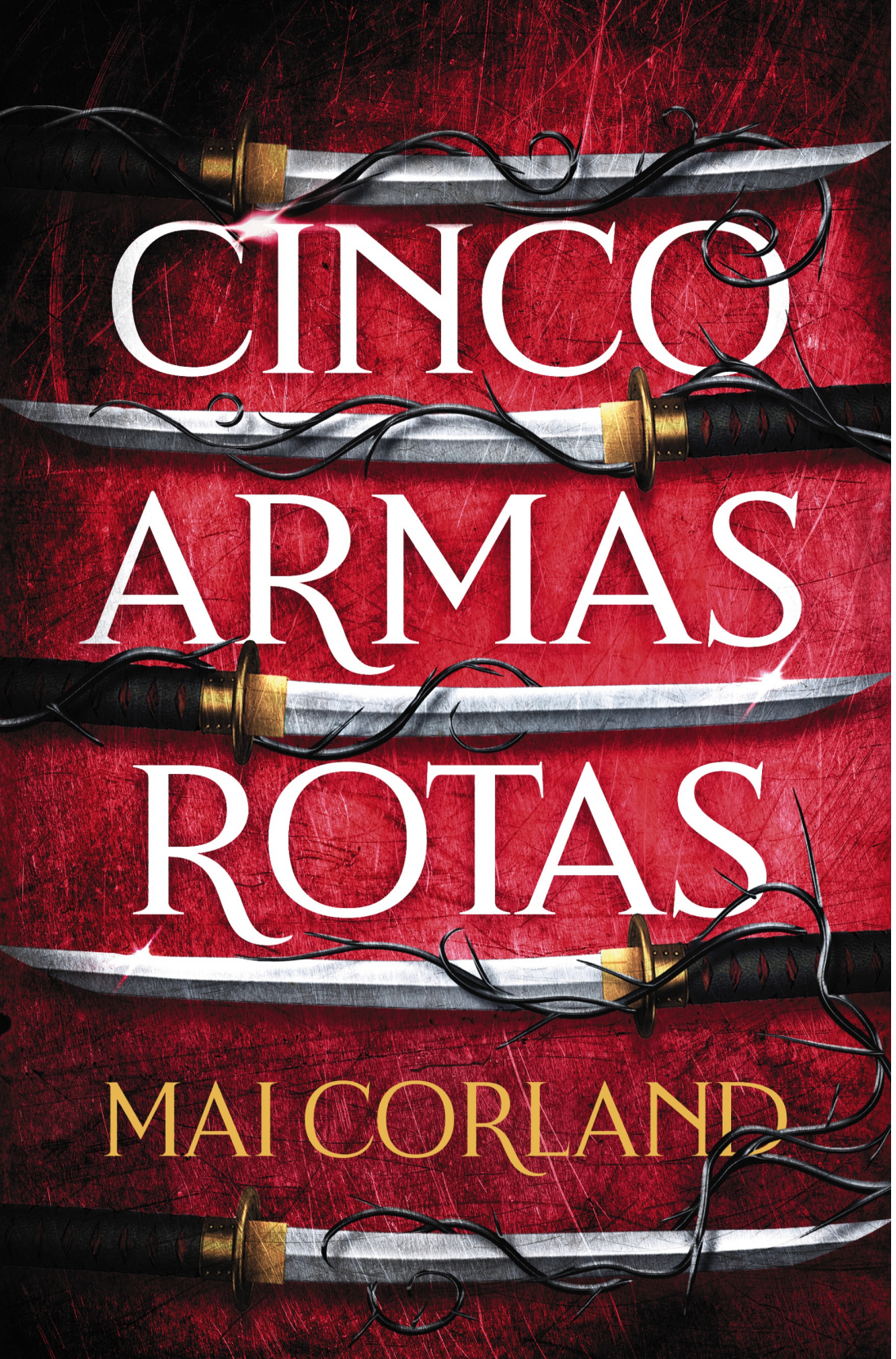
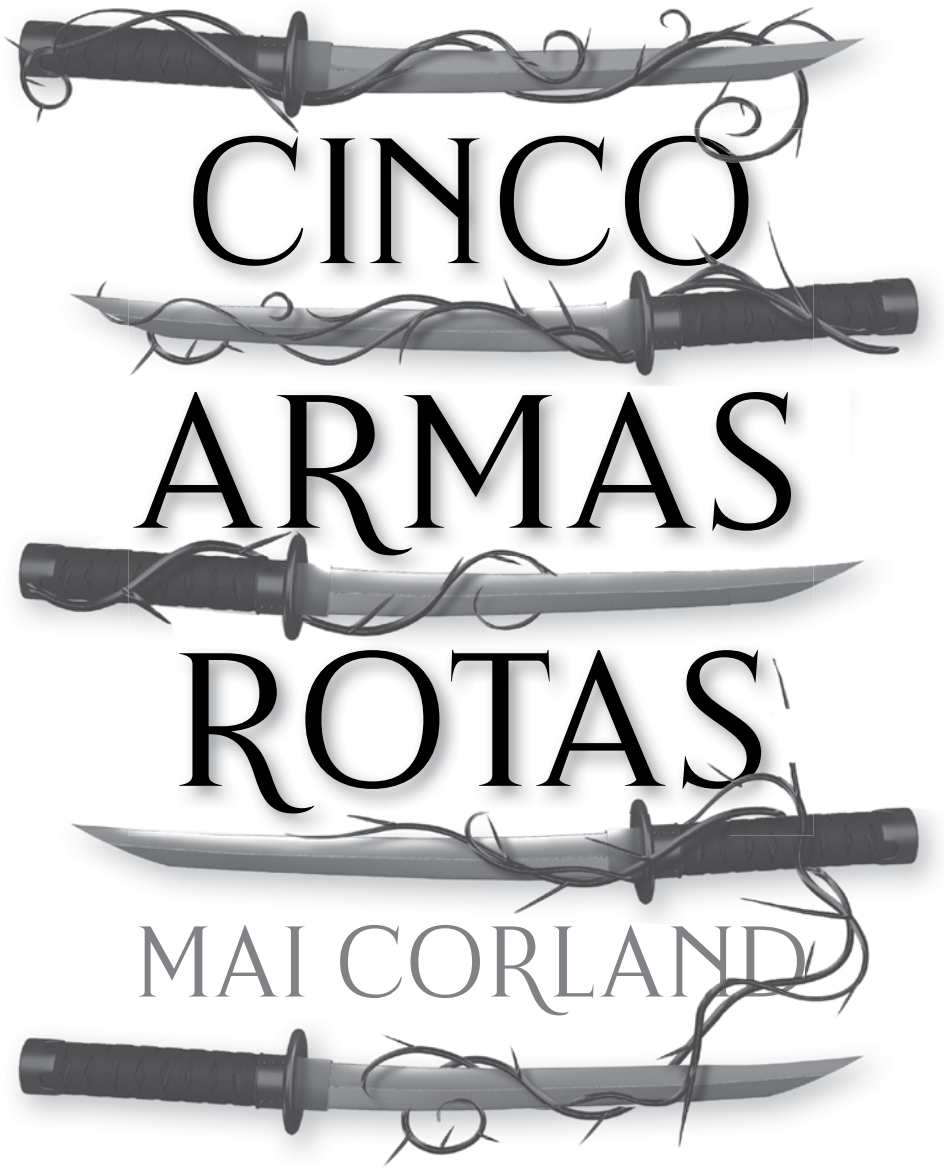

CINCO
ARMAS
ROTAS
MAI CORLAND



CINCO ARMAS ROTAS

MAI CORLAND

FAERIS

Título original: *Five Broken Blades*

Editado por Liz Pelletier
Arte y diseño de cubierta por Elizabeth Turner Stokes
Mapa interior por Elizabeth Turner Stokes
Ilustración de guardas de la edición deluxe limitada por Juho Choi
Textura metalizada © Shutterstock/boonchai sakunchonruedee
Espadas © Shutterstock/Anton Mykhailovskyi
Diseño original de interiores por Jennifer Valero
Formato original de interiores por Britt Marczak

Primera edición: octubre de 2024

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Mai Corland, 2024. Publicado originalmente por Red Tower Books. Derechos de traducción gestionados por Alliance Rights Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados
© de la traducción: Estíbaliz Montero, 2024
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



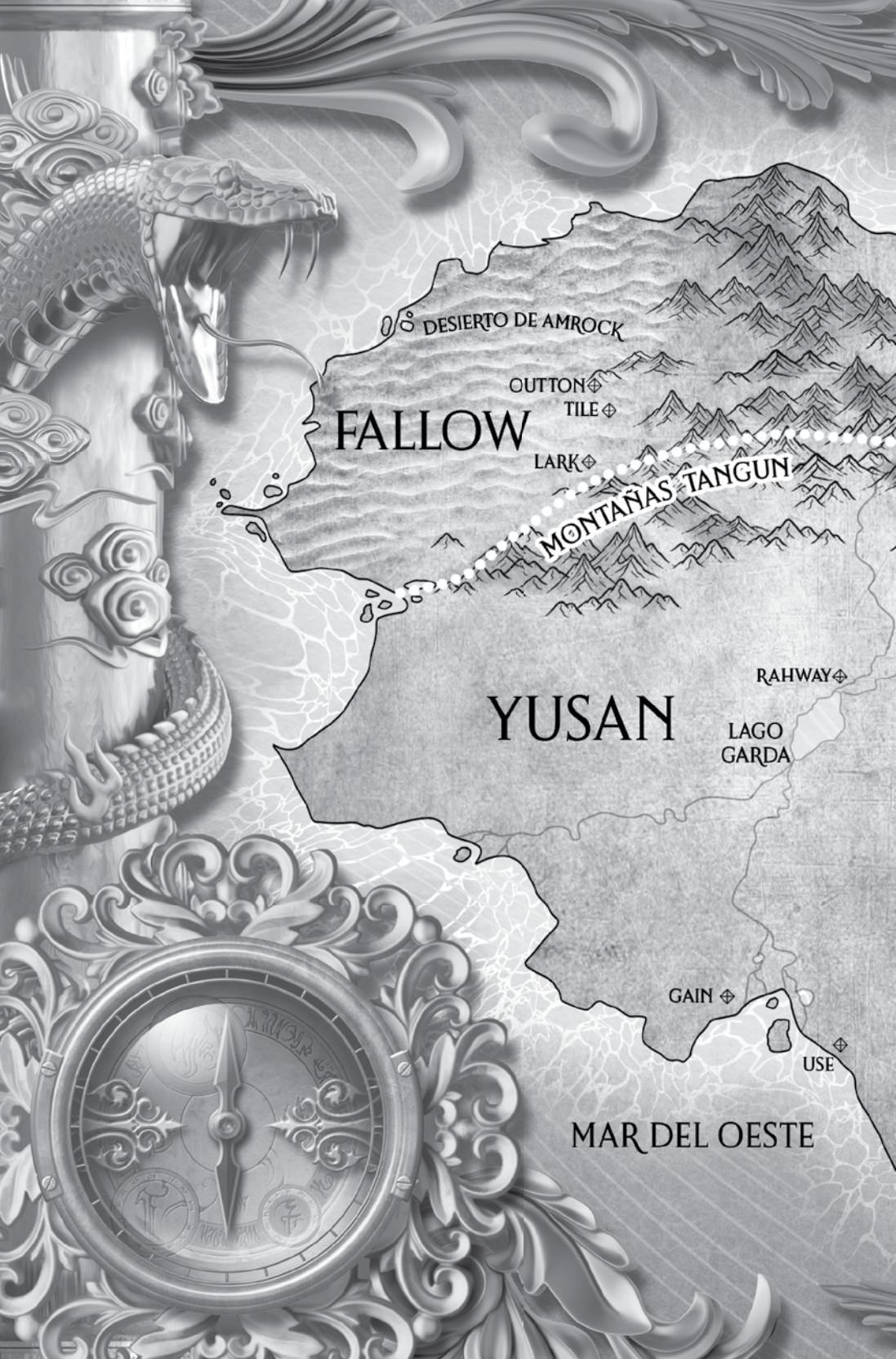
ISBN: 978-84-19988-32-4
Depósito legal: M. 13.649-2024
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



Para mi corazón, mi sol, mi hombre de acero

Cinco armas rotas es una oscura aventura fantástica repleta de embusteros mortíferos, personajes de dudosa moralidad y secretos capaces de destruir reinos. Por consiguiente, la historia incluye elementos que pueden no ser adecuados para todos los lectores. Se describen escenas de violencia, sangre, muerte (de padres, hijos, personas encarceladas y animales), envenenamientos, abuso de sustancias, alcohol, relaciones sexuales, maltrato animal, violencia de género, prostitución, ideas suicidas y servidumbre no remunerada. Hay violaciones, agresiones y genocidio gráfico. Se ruega que los lectores sensibles a estos elementos tomen nota y se preparen para intentar conseguir la corona...


DESIERTO DE AMROCK
OUTTON
TILE
FALLOW
LARK
MONTAÑAS TANGUN
RAHWAY
YUSAN
LAGO
GARDA
GAIN
USE
MAR DEL OESTE

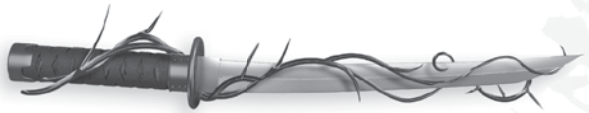

MAR DEL NORTE
KHITAN
MONTAÑAS KHAKATAN
UMBRIA
PYONG
RIO SOL
CAPRICIA
OOSANT
MAR DEL ESTE
TAMNEKI
ASEYO
LAGO IDLE
(PALACIO QALI EN EL CENTRO)
LEEP
HACIA WEY
CETIL
ESTRECHO DE LOS DIENTES
GAYA

NOTA DE LA AUTORA

Corea posee una mitología rica y una cultura palpitante enteramente suyas. Y, como coreano-estadounidense adoptada, me he basado en mi propia historia y experiencias personales para dar forma al mundo de *Cinco armas rotas*. Sin embargo, merece la pena señalar que no se trata de una obra de ficción histórica ni de fantasía basada en el mundo real; se desarrolla en un entorno único inspirado en mi investigación sobre los mitos, las leyendas y la cultura de Corea. Me he tomado licencias creativas en todo momento, pero albergo la esperanza de que los lectores salgan enriquecidos de esta historia, del mismo modo que me ha sucedido a mí durante la escritura de este libro.

Mai

CAPÍTULO UNO



ROYO

CIUDAD DE UMBRIA, YUSAN

Oro a cambio de sangre: esas son las palabras con las que me anuncio y el lema por el que me rijo.

El mercader cuenta lentamente los muns de oro, las manos enguantadas le tiemblan con cada moneda que aterriza en su palma. Me saca unos centímetros, pero yo soy más ancho de espaldas.

—Date brío, que no tengo toda la noche —le digo.

Mi voz profunda lo sobresalta y dos muns de bronce repiquetean contra el suelo. Deja que las monedas se alejen rodando, pero hace una pausa y se plantea ir a buscarlas. Por los diez infiernos. Así vamos a tardar dos vidas.

Por fin desliza el dinero en mi mano, en pago por la nariz y la pierna rotas. A continuación, sale disparado, con su capa forrada de piel ondeando en la brisa nocturna. La vida del matón a sueldo no es demasiado noble, pero la clase alta tampoco es mucho mejor.

Cuento el oro mientras me muevo con pesadez entre los edificios cubiertos de hollín. Está todo. Me guardo el dinero en la bolsa y la meto en el bolsillo interior de la chaqueta. Detrás de mí, mi última víctima gime en la oscuridad del callejón. Como siga haciendo ruido, los pájaros lo van a dejar limpio a picotazos antes de que amanezca. Y el imbécil del mercader rico no ha pagado por una muerte.

—¿Puedes parar con el ruidito? —pregunto.

Los gemidos se extinguen.

—Gracias —digo. Él guarda silencio, acallado bien por mis modales, bien por su dolor.

Me planteo volver para ayudarlo. Siempre pienso en ello. Pero no es asunto mío. No me concierne lo que suceda una vez acabado el trabajo. Menos aún el motivo por el que el mercader quería mandar un mensaje.

Son caminos que no conducen a ninguna parte. Y yo tengo un lugar en el que estar.

Me soplo en las manos nudosas para entrar en calor. Qué puto frío. La escarcha brilla sobre las calles adoquinadas y la escorrentía ya ha empezado a congelarse. Los árboles de esta ciudad atestada hace tiempo que están desnudos. El invierno llega veloz a Umbria. Pero claro, la muerte siempre es rauda.

Quizá debería comprarme unos guantes abrigados, pero se me encoge el estómago ante la mera idea de desprenderme de un solo mun de plata. Cada moneda cuenta; además, no necesito mierdas elegantes.

Cuando llego a la calle Pulgada, dos parejas bien vestidas se separan y me rodean. Todos llevan manguitos de piel y sombreros de plumas de los caros. Dandis. Me evitan y se escabullen como si tuviera algo contagioso o similar. Supongo que, si mi tamaño no intimida a la gente, la cicatriz que me cruza la cara ya se encarga de ello. Los demás guardan las distancias.

Mejor.

Con un gruñido, empujo con el hombro la pesada puerta de madera de Matarife y Cerveza. He estado en sitios más limpios y agradables con mejor comida, pero no encajo en esos locales. El ambiente en la taberna es cálido sin llegar a resultar asfixiante y el parloteo no es atronador, y eso es lo único que necesito. Matarife y Cerveza es mi hogar. Es donde empecé a hacer negocios hace diez años. Justo después de cumplir los quince, instalé un puesto en la esquina, con dieciocho kilos de músculo menos y ninguna

cicatriz en la cara. Aquí saben lo que me traigo entre manos, pero mantengo este sitio a salvo, así que hacen la vista gorda.

Me siento en mi taburete de siempre, al final de la barra. Yuri me ve y me sirve una pinta. Podría tener cuarenta años o sesenta. Quién sabe, con esa calva. Pero no es un tipo hablador, y eso me gusta.

Desliza una cerveza sobre la desgastada barra de madera. El vaso está casi limpio.

—Alguien te anda buscando.

Enarco las cejas y pego un trago. Siempre hay alguien buscándome: para que pelee, haga daño o mate. No es nada nuevo.

—¿Y por qué debería importarme?

Yuri se pone el trapo en el hombro y se inclina hacia delante.

—Era una chica.

Dejo de beber. El corazón me late con fuerza y se me sube a la garganta. Lo obligo a volver a su sitio y actúo con calma.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era guapa —contesta. No es la descripción más útil. Cierro el puño y lo miro fijamente. Yuri abre mucho los ojos y se frota la nariz, que alguien le rompió hace tiempo. Luego empieza a hablar de forma atropellada—. Como yo de alta, con unos ojos marrones enormes y el pelo negro un poco corto. Más o menos de tu edad, unos veintitantos. Capa de terciopelo rojo.

Trago saliva mientras digiero sus palabras. Que una veinteañera alta pregunte por mí no es habitual. Y supongo que lo de «guapa» marca la diferencia: no recuerdo la última vez que una chica guapa me estuvo buscando. Tal vez quiera que le enseñen una lección a un antiguo novio o vengarse de otra. Aunque yo no hago daño a las mujeres.

—Se hospeda en la posada Zapato Negro —añade Yuri.

Puede que sea el antro más fino de toda Umbria. Así que tiene dinero y no es de la zona, pero, a pesar de ello, de alguna forma ha sabido dónde encontrarme. Aquí. Esto huele fatal.

—No me interesa —digo.

Yuri se encoge de hombros.

—Tú mismo.

Se aleja por detrás de la barra para atender a otro cliente. Un tipo que parece mayor para su edad se ha sentado en un taburete a cuatro pasos de mí. Establece contacto visual únicamente con Yuri, de modo que también ha venido a beber en soledad. A veces uno se siente menos solo si ahoga las penas en un barril de cerveza compartido. Si desaparece entre la muchedumbre del bar. Aunque no le dirija ni una palabra a nadie. La mayoría de las noches, ese soy yo.

Pero hoy no consigo desaparecer. Mi instinto me dice que va a ser una de esas ocasiones en las que no lograré olvidar por mucho que beba. En ese caso, ¿para qué quiero provocarme un dolor de cabeza que mañana me acuchillará detrás de los ojos?

Me acabo la cerveza de un trago y dejo un culín. Me alejo de la barra y las patas del taburete chirrían contra el suelo pegajoso.

—Me largo.

Yuri enarca sus pobladas cejas. Es como si el pelo que no tiene en la coronilla le hubiera bajado a la cara.

—¿Ya?

Es normal que se sorprenda. Por lo general, me tomo unas cuantas cervezas en mi rincón y espero a que me llegue el próximo encargo. Los problemas siempre me encuentran. No suelen tardar, pero a veces son necesarias cuatro birras. Esta noche, solo ha habido una.

—Me duele la cabeza. —Me doy unos golpecitos en la sien, como si Yuri no supiera dónde la tengo. Pero es mentira. Y, a juzgar por cómo entrecierra los ojillos, no se lo traga ni por un segundo.

Pero asiente.

—Buenas noches, Royo.

Doy un paso para irme y sucede algo extraño. Me asalta el presentimiento de que algo va mal, como si el corazón me diera un vuelco. Por el rabillo del ojo, juraría que detecto un borrón

rojo. Parpadeo con fuerza, echo un vistazo a mi alrededor y luego al espejo de la taberna. Nada. Solo mi cara llena de cicatrices y mi cabeza rapada me devuelven la mirada. No hay nada rojo a la vista. Sacudo la cabeza. Esta noche no estoy nada fino. Mejor me marcho ya.

Salgo como un alma en pena de Matarife y Cerveza y vuelvo al frío glacial de la calle. Pronto tendré que reparar los cordones de las botas y, probablemente, volver a parchear el cuero; pero todavía me durarán una temporada.

Juraría que en el rato que he pasado dentro la temperatura ha descendido todavía más. Cuando exhalo, se forman nubecillas de vaho en el aire. Mientras camino, vuelvo a soplarme en las manos para calentarlas.

Tras cinco manzanas en la dirección equivocada, paso junto a la posada Zapato Negro. No puedo evitar reducir la velocidad y observar el resplandor de las lámparas a través de las ventanas. Me pregunto..., pero niego con la cabeza.

¿Qué estoy haciendo? ¿Se puede saber qué ando buscando?

Me alejo de allí a paso ligero. Es demasiado sospechoso. Demasiado raro. Mi instinto nunca me falla, y las cicatrices que luzco son recordatorios de las ocasiones en las que lo he ignorado. La última vez me costó todo lo que tenía. No se volverá a repetir.

Para llegar a mi choza, en la parte barata de la ciudad, me esperan unos quince minutos a pie por la calle Avalon. Cuando salgo del distrito comercial, los edificios se van deteriorando y empequeñeciendo cada vez más. Umbria ha estado yendo cuesta abajo desde que el rey Joon ascendió al poder cuando yo era niño. Ha sucedido por todo el país.

El camino describe una curva y, de pronto, el río aparece a mi izquierda. Cualquiera creería que su proximidad resultaría agradable, pero no en Umbria. La única vía fluvial a nuestra disposición es el sucio río Sol. La gente vacía los orinales y arroja la basura directamente en sus aguas. Y hace incluso más frío, de ese que

te hiela hasta la médula, cuando estás lo bastante cerca para oír cómo la corriente lame la asquerosa orilla.

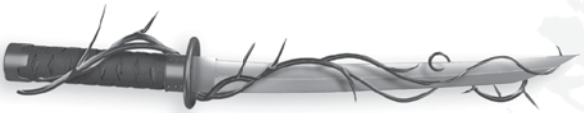
Intento prestar atención a mis pasos, a mi entorno. Hay demasiados peligros en Umbria, desde bandas y tipos como yo hasta pájaros hael, para que lo pillen a uno desprevenido. Pero estoy en las nubes. Distraído.

La culpa es de Yuri. Es camarero, no mensajero. Podría haberse guardado todas esas gilipolleces para sí mismo.

Aunque lo cierto es que no estoy cabreado con él. La verdad es que estoy pensando en *ella*. Cuando Yuri ha mencionado que era una chica, he sentido esperanza. Y la esperanza es como un cuchillo de sierra. Reconstruye sueños a partir de cristales rotos solo para que la realidad vuelva a hacerlos añicos. Es el castigo más cruel de todos. Porque, cuando no hay esperanza, lo sé: no es ella, estúpido. No puede serlo. Nunca podrá.

Porque la maté.

CAPÍTULO DOS



EUYN

CIUDAD DE OUTTON, FALLOW

Me están persiguiendo.

Me río en silencio bajo la barba ante este cruel giro del destino mientras recorro con pies ligeros el mercado de Outton. Antaño fui un cazador apreciado, el mejor de Yusan, según el rey. Y aquí me tenéis ahora, en las tierras yermas, en Fallow, y *yo* soy la presa.

Me desplazo como un rayo hacia un lado, aprovechando el cobijo de las vigas para que nadie distinga mis movimientos con claridad. He pasado los últimos tres años intentando evitar que alguien cobre la recompensa de veinte mil muns de oro que ofrecen por mi cabeza. Al menos, este laberinto sin sentido llamado «mercado» resulta de utilidad.

Da la sensación de que el de Outton se levantó con prisas de la noche a la mañana, con vigas y cualquier tela rescatada de algún barco, y que al día siguiente decidieron dejarlo como estaba durante los siguientes cien años. Me pregunto si los mercados de Yusan serán iguales, mugrientos y descuidados. Jamás he puesto un pie en ninguno, porque siempre tuvimos sirvientes que compraban por nosotros. Hacían cualquier cosa que deseáramos, de hecho. Pero esa ya no es mi vida. Lo que ocurre es que no logro olvidarla.

Paso junto a un puesto de pieles curtidas regentado por un hombre de aspecto brusco que se encuentra detrás del mostra-

dor. Me hace un gesto con la cabeza y yo le devuelvo un asentimiento. Lo he visto en otras ocasiones, pero no sé cómo se llama. No se lo he preguntado para que él no me pida mi nombre a cambio.

Cuando le queda claro que hoy no voy a comprar nada, me ignora y, espada en ristre, continúa buscando manos largas. En ausencia de un monarca, en Fallow la justicia la imparten los individuos.

La sensación de estar siendo observado hace que se me ponga la piel de gallina. Lanzo una mirada rápida por encima del hombro izquierdo para ver si me están siguiendo. Nada.

Sigo adelante y dejo atrás gallinas ruidosas y especias aromáticas. El aroma a clavo y a cardamomo me resulta abrumador mientras arrastro las botas sobre la tierra polvorienta. Finjo estudiar unos dátiles secos y aprovecho para echar un vistazo por encima del hombro derecho. Sigue sin haber nada. Solo una escena ordinaria. Son todo mujeres cansadas con vestidos toscos que transportan mercancías encima de la cabeza y hombres barbudos en busca de bienes o una buena pelea. Por aquí no hay demasiados niños, y los pocos que he visto son unos pequeños carteristas de lo más zarrapastroso.

Pero hoy no me preocupa mi bolsa, sino mi cuello.

El corazón me late con fuerza en el pecho y tengo la boca tan seca como la tierra que piso. Pero no es por culpa del sol. Es porque aquí fuera, a plena luz del día, soy un claro objetivo. Me gustaría mimetizarme con los campesinos, pero ese truco todavía no lo domino. Llevo el pelo negro cubierto por una capucha y tengo arena incrustada en la túnica y los pantalones, como todo el mundo, pero hay algo en mí que se niega a resultar común.

Dos mujeres se me quedan mirando cuando paso. Me giro para comprobar si hay alguna amenaza y escruto los tejados de los edificios de arcilla cocida, pero solo estaban mirándome. Porque mis rasgos, mis modales, son demasiado finos y llevo la cabeza demasiado alta. Tres años atrapado en Fallow y sigo sin cami-

nar encorvado como hacen ellos. Mis hombros se niegan a doblarse bajo el peso de la carga. Cuando intento fingir, la atractiva posadera siempre entorna los ojos y me pregunta si estoy «hundido en copas», que es una expresión suya para decir «borracho».

Debería haberme quedado en la posada hasta el anochecer, que es cuando me camuflo mejor. Allí estoy a salvo, tanto como me es posible. He comprobado cada esquina, planeado hasta la última ruta de escape. Entre las cortinas he escondido una escalera de cuerda por si necesito abandonar a toda prisa mi habitación, en la segunda planta. En la principal se está más caliente, pero una ventana a ras de suelo podría proporcionarle a alguien fácil acceso a mí mientras duermo. Aunque no es que duerma mucho. Tengo los ojos rodeados de pruebas de ello. Cuando por fin me rindo al cansancio, lo hago con un puñal envenenado bajo la almohada y mi ballesta escondida debajo de la cama. Hay una espada en el baño. Trampas cargadas encima de la puerta y de las ventanas. Si puedo evitarlo, no salgo, y aún menos durante el día. Pero no he sido capaz de ignorar el sobre rojo que he encontrado en mi puerta esta mañana.

Príncipe Euyn Hali Baejkin
Los establos, primera campanada
Tengo una oferta para ti

Príncipe Euyn. Príncipe-Euyn.

No he podido despegar la mirada de esas palabras y se me ha revuelto el estómago, lo que me ha estropeado el escaso desayuno a base de salchichas frías y galletas rancias que había tomado. Alguien sabe quién soy. Y nadie debería saberlo, porque el príncipe Euyn murió por exposición a la intemperie hace tres años. Cuando hay hombres poderosos intentando matarte, es mejor dejarles creer que lo lograron. Ahora respondo al nombre de Donal.

Arrugo el sobre dentro del bolsillo. Me han encontrado. Pero ¿quién?

Durante las últimas seis campanadas, más de una vez se me ha pasado por la cabeza que podría tratarse de una emboscada. Vuelvo a escudriñar a la multitud, buscando los atuendos completamente negros de los asesinos reales. Puede que poner fin a este limbo constituya un regalo de mi querido hermano mayor. Matarme como a un hombre. Pero el problema es que quiero vivir o, al menos, me niego a morir. Y el rey Joon no ordenaría mi ejecución sin más. No lo hizo la última vez, sino que confió en que los elementos acabarían conmigo.

Entonces, ¿qué es esto?

¿Quién me lo ha enviado? Estoy paranoico, pero lógicamente sé que no se trata de los asesinos de palacio: no mandan tarjetas de visita. Les gusta rajarte la garganta antes de que tengas la oportunidad de gritar.

Sería una locura hacer caso de esta invitación. Me muero de ganas de dar media vuelta. De volver. Pero solo existe una dirección en la que buscar respuestas: hacia delante.

Levanto polvo con las botas cuando salgo del extenso mercado. Aquí se te mete por todos lados. Es inútil intentar mantener un aspecto pulcro. Lo que daría yo por los baños perfumados del Palacio Qali; por los fríos e impecables pasillos de mármol; o incluso por los árboles sombrilla del jardín real, donde en verano los sirvientes nos rociaban con niebla refrescante y nos abanicaban con plumas. Pero me toca quedarme con el sol, las serpientes secas y los buitres del desierto dando vueltas en el cielo.

Busco pistas, aunque hay demasiada gente entrando y saliendo del mercado como para descubrir algo de utilidad. Pero las botas de nuestros soldados dejan unas huellas muy distintivas, así que inspecciono el camino de todos modos.

El calor resulta opresivo cuando cruzo hacia los establos y me ajusto la capucha mientras miro hacia atrás una última vez. Nada. Solo aire brumoso y plebeyos comprando. Pero «nada» no equi-

vale a estar a salvo, solo significa que aún no se ha detectado el peligro. He dado caza a todas las criaturas de Yusan y pocas me vieron venir.

Ya casi he entrado en los establos cuando lo veo: otro sobre rojo. Y luego reparo en la mano que lo sostiene. Y sé que es demasiado tarde para mí.



ISBN: 978-84-19988-32-4
9 788419 988324
Cód.: 5310048

FAERIS